

Los huesos de Descartes

Los huesos de Descartes

Una aventura histórica que ilustra el eterno debate entre fe y razón

Russell Shorto

Traducción de Claudia Conde

Título original: *Descartes' bones*

Copyright © Russell Shorto, 2009

All rights reserved

*Derechos gestionados por Silvia Bastos, S.L., agencia literaria,
junto con Anne Edelstein Literary Agency LLC.*

© por la traducción, Claudia Conde

Primera edición en esta colección mayo 2009

© Duomo ediciones, SL

Calle La Torre, 28 Bajos 1ª Barcelona 08006 (España)

www.duomoediciones.com

DEPÓSITO LEGAL: B. 16.879-2009

ISBN: 978-84-937030-1-1

Fotocomposición:

Grafime. Mallorca 1. 08014 Barcelona (España)

www.grafime.com

Impresión:

Grafica Veneta s.p.a. di Trebaseleghe (PD)

Printed in Italia – Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Para mi madre

*«What can we bequeath save our deposèd
bodies to the ground?»*

Richard II, III, 2

*«¿Qué podemos legar a la tierra, si no un
cadáver destronado?»*

Ricardo II, III, 2

Sumario

Prefacio	11
CAPÍTULO 1. El hombre que murió	21
CAPÍTULO 2. Banquete de huesos	63
CAPÍTULO 3. Reliquias sin santo	95
CAPÍTULO 4. La cabeza extraviada	147
CAPÍTULO 5. Capacidad craneal	185
CAPÍTULO 6. <i>Hábeas corpus</i>	223
CAPÍTULO 7. Una cara moderna	247
Epílogo	261
Agradecimientos	269
Notas	273
Bibliografía	289
Índice onomástico	301

Prefacio

PHILIPPE MENNECIER, director de conservación del Musée de l'Homme, el gran museo de antropología de París, es un hombre alto y espigado, de pelo ralo, gafas de montura metálica y aspecto de ave de presa. Acorde con él, su lugar de trabajo tiene algo de nido de rapaz; su despacho ocupa un cubículo rectangular de techo bajo, construido como añadido de último momento en el tejado de la sede del museo, al que se accede por una escalerilla portátil de metal. Desde ahí arriba disfruta seguramente de una de las vistas más grandiosas que pueda tener una oficina en el mundo, ya que abarca gran parte del perfil de París. La vista también sirve de marco metafórico para el trabajo del doctor Mennecier y su equipo: a un lado, tan cerca que casi no se puede abarcar en su totalidad, se yergue la torre Eiffel, el obelisco del siglo XIX a la razón y el orden, y al otro, el cementerio de Passy, uno de esos maravillosos cementerios parisienses, que con su maraña de senderos y tumbas, y sus altos muros circundantes, parece una ciudad medieval en miniatura, pero habitada por muertos y no por vivos.

Muerte y orden: así se resume el trabajo que allí se desarrolla. El museo no figura en el itinerario habitual de los turistas, pero es un lugar particularmente apreciado por los franceses. Fue fundado a comienzos del siglo XIX, durante el primer brote de entusiasmo por la búsqueda del origen del hombre, cuando recios científicos-exploradores de grandes bigotes y fanática devoción indagaban en los rincones más remotos del planeta, en busca de especímenes an-

tropológicos y restos humanos. Por ser fruto de esos orígenes, el museo posee cierto aire anticuado. Podría considerarse un templo consagrado al culto de la evolución, que deja librado a la razón el enigma de la vida y la muerte, y utiliza huesos para contar la historia moderna de quiénes somos y cómo llegamos hasta aquí. Pero al mismo tiempo, el cementerio de allá abajo, con sus cruces silenciosas, ofrece otra versión.

Como un eco de las diferentes vistas y de sus representaciones diametralmente opuestas de la razón y la mortalidad, el despacho del doctor Mennequier está atestado de material informático y restos humanos: sobre una bandeja, dejada como al azar en un estante, había seis cráneos humanos pulcramente colocados, como si fuera habitual conservarlos de seis en seis. Pero el doctor Mennequier no es antropólogo, como él mismo se encargó de señalar cuando nos conocimos, sino lingüista. ¿Y qué idiomas son sus especialidades?

–*Esquimau et russe* –declaró con un amplio gesto.

Esquimal y ruso. Para apreciar debidamente esa respuesta conviene saber que ya había quedado establecido que el doctor no sabía inglés. ¿Qué puede ser más exquisitamente correcto para un lingüista francés que carecer de un mínimo manejo de la lengua dominante del mundo y ser a la vez una de las principales autoridades en el dialecto esquimal hablado en Groenlandia oriental y autor de la única gramática tunumiisut-francés que existe? Por si fuera poco, su búsqueda de las variantes de la lengua inuit por los parajes más septentrionales de la Tierra acabó por llevarlo a Siberia, donde aprendió ruso, de modo que ahora, en su tiempo libre, traduce novelas contemporáneas rusas al francés.

Todo lo cual equivale a decir que el doctor Mennequier es lo que se llama un intelectual francés, algo que en esta época de universal simplificación mental podría pasar casi por una crítica, por sugerir quizá cosas como arrogancia o concentración en intereses estrechos, cerebrales y egocéntricos. Pero el término también puede designar una manera de ver el mundo que por desgracia se está volviendo

cada vez más rara: llámese compromiso firme con una idiosincrasia. Las personas así configuradas pueden dar muchos dolores de cabeza, pero asimismo pueden deleitar con su inquebrantable extravagancia. Funcionan igual que un chiste, expulsando inesperadamente al observador de la poltrona desde la cual contempla la realidad. Le recuerdan, aunque sólo sea por un momento, que el mundo es un lugar extraño. Por eso fue un placer para mí seguir durante unos minutos en esa tesitura y escuchar un pequeño discurso sobre los siete dialectos esquimales, su división en dos familias, los marcadores lingüísticos que los diferencian y los esfuerzos para conservar los dialectos y sus culturas.

Finalmente, volvimos a bajar por la ruidosa escalerilla metálica. En el piso de abajo había dos mujeres, con bata de laboratorio, que manipulaban huesos humanos sentadas a una mesa: huesos largos de las piernas con articulaciones abultadas y porosas, y cráneos de un tono marrón anaranjado ligeramente repulsivo. En la sala contigua pasamos junto a un grupo de unas cuatro docenas de esqueletos humanos completos, colgados de unos ganchos, con un único esqueleto de gorila delante, semejante a un achaparrado sargento que dirigiera un escuadrón de soldados larguiruchos. Cuando salíamos por la puerta que da acceso a esa zona, dejamos atrás un busto de Pierre Paul Broca, antropólogo del siglo XIX y pionero del estudio del cerebro. Nos dirigimos a los pisos inferiores, pasando por la planta principal del museo, con su curiosa exposición permanente, una muestra dedicada con confianza casi agresiva a la evolución humana, en la que una sucesión de dioramas espectacularmente iluminados repasan los hitos del bipedalismo: desde los australopitecos, con sus gruesos arcos superciliares, pasando por los cromañones, con su voluminosa capacidad craneal y su prominencia frontal, hasta sus primos modernos, de constitución más delicada.

Al final, ya no pudimos seguir bajando. Estaban reformando el sótano, y la escayola fresca y las bombillas que colgaban a la vista conferían al ambiente un aire agradablemente apropiado de cata-

cumba. Mi anfitrión sacó unas llaves y abrió la puerta de un almacén. Una vez dentro abrió una vitrina que estaba cerrada con candado y sacó un lustroso cofre de madera, curiosamente elegante, que tenía la tapa asegurada con pasadores metálicos. Los abrió con un chasquido y, tras un despliegue de vaporoso papel blanco, metió las manos y extrajo el objeto que yo había ido a ver.

Era pequeño, suave y sorprendentemente ligero. El color variaba: en algunas zonas lo habían frotado hasta arrancarle un brillo perlado, mientras que en otras tenía una gruesa capa de suciedad incrustada; pero en general predominaba el aspecto de pergamino antiguo. De hecho, era un objeto con historias que contar, y no sólo en sentido figurado, sino literal. Más de dos siglos antes, alguien le había escrito en la coronilla un inspirado poema en latín, cuyas letras se habían vuelto de un desvaído marrón acuoso. Otra inscripción, que le atravesaba la frente, hacía oscura referencia (en sueco) a un robo. Las firmas en apretado garabato de los tres hombres que habían sido sus propietarios apenas se distinguían en los costados. Era el cráneo de René Descartes, considerado el padre de la filosofía moderna y uno de los hombres más influyentes de la historia. Mennecier lo colocó ante mí sobre la mesa.

–*Voilà le philosophe* –dijo simplemente.

TRES AÑOS ANTES, mientras luchaba con una obra de filosofía del siglo XVII en la sala principal de lectura de la Biblioteca Pública de Nueva York, di casualmente con la noticia de que, dieciséis años después de su muerte en 1650, Descartes había sufrido la indignidad de que sus huesos fueran exhumados, después de lo cual la gente empezó a llevarse a trozos sus restos.

¿Por qué será que algunas ideas persisten en la cabeza? Carecen en apariencia de todo valor práctico, pero destacan por pura rareza. Normalmente, les prestamos atención un momento, como hace un niño cuando ha encontrado un juguete entre los cojines del sofá, y

después las olvidamos, porque la inutilidad acaba derrotando a la novedad. En efecto, aquella noticia sobre los huesos de Descartes me pareció un ejemplo típico de información inútil. Sin embargo, quedé prendado de ella, como sólo puede pasar con algo verdaderamente extraño que se ha encontrado en las profundidades de un libro muy antiguo. Sólo unas pocas veces he experimentado esa sensación, improbable pero intensa, de haber descubierto una semilla dormida, una semilla plantada en un lugar preciso por alguien muerto mucho tiempo atrás, con la idea, o al menos la esperanza, de que algún día yo la encontrara, la regara y le devolviera la vida.

Así pues, fui tras esa idea, primero en mis ratos de ocio, en los libros, y después, cuando acabó de cautivarme, durante un año de estancia con mi familia en Europa, donde pasé largas jornadas en las salas posmodernas de la Bibliothèque nationale de París; hablé con filósofos e historiadores; hice el viaje desde la casa del valle del Loira donde nació Descartes (que sigue en pie) hasta la casa de Estocolmo donde murió (que también se conserva), y seguí la pista de los huesos por toda Europa occidental. Al final acabé en los sótanos de un museo de París, contemplando las cuencas vacías de un cráneo, como contempló Hamlet al pobre Yorick.

A lo largo de mi investigación, la historia de los huesos de Descartes se desplegó ante mí, se extendió hasta abarcar varios siglos y se reveló como algo más que una mera curiosidad. Hoy Descartes es recordado ante todo como un matemático (inventor de la geometría analítica) y como el creador del moderno rompecabezas del dualismo, según el cual la mente y sus pensamientos existen en otra categoría o en un plano de algún modo diferente al del mundo físico, de tal modo que ninguno de los dos puede traducirse al otro, ni es posible comprender uno con los criterios del otro. En este sentido hace mucho que le han quitado la razón. La opinión más extendida en neurociencia y filosofía es que Descartes se equivocó de medio a medio cuando postuló sus dos sustancias disímiles. El pensamiento y el cuerpo (la mente y el cerebro) no son fundamentalmente dife-

rentes. Este concepto tiene infinidad de consecuencias, que están siendo exploradas por filósofos, lingüistas, expertos en espiritualidad, científicos informáticos y otros.

Pero durante su vida y en las décadas posteriores, Descartes tuvo una presencia más grande. Muchos de sus contemporáneos lo veían como el hombre que había sentado las bases intelectuales de la modernidad, que busca fundamentarlo todo (desde la moral y las leyes hasta la política y la organización social) en la razón y la percepción individual de la razón. No es errada esa visión de la influencia cartesiana. Su famoso «método», que exigía poner en tela de juicio todos los supuestos, no creer en nada sin pruebas y edificar el conocimiento del mundo sobre observaciones demostrables y no sobre tradiciones, se convirtió en la base del método científico. Su reorientación del conocimiento para que dejara de residir en la autoridad colectiva («lo que quiere el rey», «lo que pide la Iglesia»), y pasara a un «yo» con facultades renovadas (la mente individual y su «buen sentido»), fue el punto de partida para el desarrollo de la democracia, la psicología y muchas otras cosas que consideramos modernas.

Lo que empecé a comprender fue que los integrantes de las generaciones inmediatamente posteriores a la de Descartes trataron sus huesos como símbolos –como reliquias– del nuevo giro que había dado el mundo. Sin embargo, como tenían puntos de vistas diferentes respecto a la naturaleza y la importancia de ese nuevo giro, dieron a los huesos tratamientos diferentes. La historia que llegó a obsesionarme (una historia menor, extraña, sinuosa e insignificante) se entrecruza con algunos de los acontecimientos más grandiosos que puedan imaginarse: el nacimiento de la ciencia, el ascenso de la democracia, el problema filosófico mente-cuerpo y la confusión que aún subsiste acerca de los ámbitos de la ciencia y la religión. La historia zigzaguea por toda Europa y abarca a protagonistas de todas las esferas (Luis XIV, un empresario sueco de casinos, poetas, sacerdotes, filósofos y físicos), gente que usó los huesos, los robó,

los vendió, los reverenció, luchó enconadamente por ellos y los fue pasando de mano en mano.

Pero sólo dos años, o tal vez más, después de averiguar que los huesos de Descartes habían sido exhumados y llevados de aquí para allá, empecé a sospechar cuál era el verdadero origen de mi interés. En la universidad cursé estudios de filosofía occidental. Como innumerables estudiantes de letras antes y después que yo, pasé esos cuatro años deleitándome con la obra de filósofos, poetas, novelistas y artistas, los hombres y mujeres que crearon el espacio mental que habito, los arquitectos de la mente moderna.

Muchos pensábamos entonces que la modernidad era un terreno común que nos venía dado. Y cuando hablo de modernidad, no me refiero solamente a las grandes cosas que asociamos con la palabra, como la ciencia, la razón o la democracia, sino a todas las reacciones que han provocado esos conceptos y a todas sus consecuencias, desde la poesía romántica hasta los Sex Pistols, y desde la búsqueda de pareja por Internet hasta la inversión en fondos de alto riesgo. Para bien o para mal, todo eso viene unido en un solo paquete y tiene mucho que ver con lo que somos. La mayoría diría que es para bien. ¿O no lo diría?

Por lo visto, hay muchos que no. Actualmente, la noción misma de sociedad moderna –que al menos en teoría usa la razón como herramienta y se basa en conceptos como la igualdad para solucionar problemas y salir adelante– está siendo sometida a ataques desde varios frentes. El terrorismo islámico, que no sólo es antioccidental sino antimoderno, figura lógicamente entre las principales preocupaciones de Occidente, pero también están floreciendo otras formas de intolerancia religiosa: cristiana, judía e hindú.

Ésa es el ala derecha del ataque contra la modernidad, pero hay otras amenazas. Dentro de la sociedad secular occidental hay quien dice que la modernidad está superada y que, en un mundo posmoderno, novedades tales como la globalización, Internet o la guerra asimétrica indican que es preciso desechar los viejos axiomas de la

era moderna (entre ellos el concepto de «progreso»: la idea de que es posible llegar a una visión razonablemente objetiva de las cosas, tomar decisiones en consecuencia y avanzar hacia algo mejor). Para algunos, modernidad ha pasado a ser sinónimo de colonialismo, de explotación de los pueblos no occidentales, de uso de la ciencia y la tecnología con fines inhumanos y de catástrofe medioambiental. Muchos secularistas ven la religión en sí misma como un enemigo y sostienen que fomenta la guerra, las divisiones y los prejuicios. Ante el auge del fundamentalismo religioso, Richard Dawkins, Christopher Hitchens y otros autores han publicado manifiestos secularistas contra la religión, algunos de los cuales han figurado en las listas de libros más vendidos.

En el perenne conflicto entre la fe y la razón solemos pensar que una es nueva y la otra antigua, pero hoy en día tanto la izquierda como la derecha se basan en Descartes. El legado del filósofo –sus restos (los metafóricos, pero también los reales, sus huesos)– es tan básico que los dos bandos le encuentran utilidad. No es de extrañar que el filósofo moderno por excelencia sea el padre espiritual de la izquierda. Puesto que el cartesianismo se basa en la duda, en cuestionarlo todo hasta llegar a una base sólida de hechos objetivos, su filosofía puede considerarse no sólo la raíz del método científico, sino del autogobierno, del concepto moderno de derechos humanos y de la desconfianza igualmente moderna ante la autoridad. Al mismo tiempo, otro elemento de la filosofía de Descartes –conocido como «dualismo cartesiano»: el concepto de que nuestras mentes (y nuestras almas) existen con independencia del mundo físico– ha sido asumido por la derecha. Los pensadores conservadores (monarcas, teólogos y filósofos) han recurrido a la distinción cartesiana entre pensamiento y cuerpo para sostener su argumento de que existe un ámbito eterno de ideas, creencias y principios que está fuera del alcance de la mirada inquisitiva de la ciencia y que es la base de toda moral humana y del poder terrenal.

La mayoría de la gente parece atrapada entre esas dos mareas: la atracción de la fe y las tradiciones en un mundo peligroso, y el argumento de que la religión es la raíz de los males del mundo y de que sólo un compromiso renovado con las libertades y los derechos individuales conducirá a la humanidad hacia un futuro mejor. Le preocupan los fundamentalismos religiosos, con su certeza muerta y mortífera, pero comparte algunas de las críticas contra la modernidad, tanto de la izquierda como de la derecha. Podría decirse que no hay tanto una línea divisoria como una separación del mundo actual en tres campos. Así lo señaló Colin Slee, deán de la diócesis anglicana de Southwark, en Londres, al referirse a la nueva sociedad que ve surgir en Inglaterra: «Hay un triángulo,* con los laicistas fundamentalistas en un vértice, los religiosos fundamentalistas en otro, y todos los liberales inteligentes y razonables de las iglesias anglicana, católica, baptista, metodista y de las otras confesiones (y, de hecho, también los ateos razonables), en el tercer vértice».

Si Occidente se encamina hacia algún tipo de crisis, merece la pena plantearnos algunas cuestiones básicas. La sociedad moderna, tal como la definimos normalmente (una cultura secular edificada sobre la tolerancia, la razón y los valores democráticos), ocupa una porción bastante pequeña del mundo y hay signos que indican que incluso esa porción se está reduciendo. ¿Es la modernidad la fuerza inexorable de progreso que tendemos a pensar que es? ¿No será una mera etapa de la historia humana que estamos dejando atrás rápidamente? Y si es algo de auténtico valor, ¿qué podemos hacer para redescubrirla, para separar lo malo de lo bueno que hay en ella y devolverle la relevancia y la vitalidad?

Al final me di cuenta de que el recorrido tras los huesos de Descartes era un camino a través del paisaje de la época moderna. Seguir la senda de los huesos era repasar mi propia formación

* El lector encontrará las referencias de las citas marcadas con un asterisco al final del libro.

intelectual y recordar todo lo que hemos vivido en los últimos cuatrocientos años. La presente obra no es un estudio exhaustivo de la modernidad, sino un cuaderno de viaje, basado en la convicción de que la idiosincrasia es algo sumamente serio.

He de decir además que el protagonismo de los huesos no es accidental. Siguiendo los huesos de Descartes aprendí que la filosofía, que solemos considerar una disciplina árida, no es únicamente abstracción, sino que está entrelazada con la historia y no procede únicamente de la mente humana, sino también del cuerpo. El pensamiento abstracto es un instrumento excelente y necesario, pero los pensamientos más elevados tienen su raíz en nuestro ser físico, en la extraña manera en que nuestro corazón que ama se entrelaza con nuestro corazón que bombea sangre, y en el hecho de ser mortales. Aunque este libro no es una biografía, su protagonista es un hombre que la historia ha llegado a caricaturizar casi como un cerebro sin cuerpo, pero que al final cobra vida como una persona asombrosamente vital y carnal. De hecho, pese a toda su abstracción, la filosofía de Descartes nació en ciertos aspectos de un ámbito de calidez humana: su propio cuerpo, desde luego, pero también el amor que sintió por la persona que para él fue la más importante. Fue un amor pequeño y tierno, que en su callada intimidad estuvo a punto de escapar a la lente indagadora de la historia (aunque no lo consiguió del todo). Quizá pueda decirse lo mismo de todas las exploraciones humanas: escarbando lo suficiente, siempre se encuentra una historia de amor.

Dicho esto, no debería sorprender que no empecemos por el amor, ni por la historia ni por la filosofía, sino por la muerte.